

## KONRAD QUINTA PARTE

La señora Bartolotti nunca había oído hablar de un rincón para jugar. Konrad le explicó que los niños tienen, o un rincón para jugar, o un cuarto de juegos. Y, como en el piso de la señora Bartolotti no había un cuarto de juegos, dijo, ella debía asignarle un rincón para jugar.

La señora Bartolotti reflexionó. Tenía un cuarto de estar, un cuarto de trabajo, un dormitorio, una cocina, un vestíbulo y un cuarto de baño, y cada habitación tenía cuatro rincones. En total sumaban veinticuatro rincones. Ella creía que Konrad podía disponer de cualquier rincón. Pero también podía disponer de los veinticuatro rincones a la vez. Y del centro de la habitación también podía disponer, dijo ella.

—Muchas gracias, pero me basta con un rincón —explicó Konrad.

—Bueno, en ese caso, elige tú uno —dijo la señora Bartolotti.

—¿Dónde estorbo menos?

—¿Estorbar? ¿A quién?

—¡A tí!

—A mí no me estorbas. ¡De veras que no! Por mí puedes jugar en cualquier parte.

—Entonces me quedo con éste —Konrad señaló el rincón entre la ventana y la puerta que daba al vestíbulo—. ¿Está bien? —preguntó.

La señora Bartolotti dijo que sí. Konrad colocó la caja en el suelo, levantó la tapa y miró las piezas.

—He comprado un montón de cosas más —dijo la señora Bartolotti—. Mira —reclamó su atención—. Esto es un oso y esto una muñeca y un libro con ilustraciones...

Konrad le interrumpió:

—Yo creo que es mejor y más razonable para un chico de siete años, jugar durante algún tiempo con una sola cosa, concentrándose por completo en ella. Si no, con tantas cosas, se puede uno poner muy nervioso.

—Perdona, no lo había pensado —balbuceó la señora Bartolotti, y dejó todos los juguetes que había comprado en el rincón de al lado de la puerta del vestíbulo. También, naturalmente, la muñeca que decía mamá.

Konrad miró a la muñeca.

—¿Es eso para mí? —preguntó, y, cuando la señora Bartolotti contestó que sí, dijo—: ¡Pero yo soy un chico de siete años!

—¿Y no es apropiada para un chico una muñeca que dice mamá? —preguntó la señora Bartolotti.

—Las muñecas son para las niñas —explicó Konrad.

La señora Bartolotti cogió la muñeca del suelo.

—¡Qué lástima! —musitó—. Es tan bonita.

La señora Bartolotti le arregló el flequillo a la muñeca, le hizo cosquillas en la barriga y decidió regalársela a la niña que vivía en el piso de abajo. La niña se llamaba Kitty.

Konrad, montando pieza sobre pieza, construía una torre alta y delgada.

—Oye, Konrad —dijo la señora Bartolotti y empezó a explicarle que tenía que ponerse a trabajar un poco—. Por lo menos, tres centímetros de alfombra —y preguntó a Konrad, si quería quedarse

solo en el cuarto de estar, o irse con ella al cuarto de trabajo—. Así no estarás tan solo —le dijo.

Konrad estaba construyendo una segunda torre delgada y alta.

—No, gracias —contestó—, me quedo aquí. Yo ya había contado con que tú fueras una mujer con una profesión. Nos han dicho que, actualmente, la mayoría de las madres

trabajan. Y hay niños que viven con la abuela, y niños que están en guarderías, y luego están los que llaman niños llave.

—¡Santo cielo! —murmuró en voz baja la señora Bartolotti.

Ya estaba otra vez desconcertada. Se fue al cuarto de trabajo, se sentó ante el telar y empezó a anudar hilos de color rojo brillante, noble violeta y verde venenoso en la alfombra, y así pudo dejar de pensar en el extraño niño que se hallaba agachado en un rincón de su cuarto de estar. Cuando trabajaba en sus alfombras, la señora Bartolotti sólo pensaba en las alfombras, y absolutamente en nada más. Quizá por eso aquellas alfombra resultaban especialmente hermosas.

Como la señora Bartolotti sólo pensaba en la alfombra, no se dio cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo. De pronto, Konrad apareció a su lado. La señora Bartolotti miró a Konrad primero y luego al reloj, y vio que era muy tarde.

—¡Dios mío! Seguro que ahora ya tienes hambre —exclamó sobresaltada.

—Un poco, apenas nada —contestó Konrad. Dijo también que, en realidad había venido por otro motivo.

Él quería cantar algo. Pero no tenía la menor idea de lo que cantan los niños de siete años. Para eso no le habían preparado. O le habían preparado y él no había puesto mucha atención.

—Dime —la señora Bartolotti quería enterarse y se le puso cara de curiosidad—, ¿cómo te han preparado? ¿Cómo fue? Y, ¿quién te ha preparado?

Konrad callaba.

—¿Tuviste allí profesores? ¿O eran los operarios? Y, ¿estabas todo el tiempo tan arrugado? Perdóname, quiero decir tan, tan..., tan seco como antes de la disolución nutritiva.

Konrad siguió callado.

—¿No puedes hablar de todo eso?

Konrad dijo:

—Sólo en caso de necesidad. ¿Es éste un caso de necesidad?

—No —dijo la señora Bartolotti—, ¡claro que no es un caso de necesidad!

Y se puso a pensar en qué era lo que cantaba ella de niña.

Primero recordó:

*¿Quién ha llevado rodando el queso hasta la estación?*

Pero ya no se sabía más de la letra. Luego se acordó de:

*Lorito real, lorito real qué tiene mi lorito, lorito real...*

Y tampoco se sabía ya más. Entonces recordó:

*Lucila vá,*

*de pies a cabeza color lilá,*

*y todo lo que lleva es violetá.*

Pero se dio cuenta de que no eran canciones infantiles, sino canciones de moda que los mayores cantaban cuando ella era niña.

Y, por fin, le vinieron a la memoria auténticas canciones infantiles:

*Al pasar por el puente de Santa Clará,*

*se me cayó el anillo dentro del aguá.*

Y también:

*Cuando la suegra se puso a cantar,*

*ni el mismo Diablo la hizo callar.*

Y, además:

*Chocolate, molinillo,*

*corre, corre, que te pillo.*

*A estirar, a estirar,*

*que el demonio va a pasar.*

La señora Bartolotti cantó una canción tras otra y cada vez estaba más alegre. Cantó también:

*Un soldado en un cuartel  
en la cama se meó  
y quedó tan inundada  
que allí un barco naufragó.*

Mientras la señora Bartolotti cantaba «*Al señor Paco su tía*» y justo cuando estaba en «*El señor Paco volvía, a casa en la oscuridad*», se dio cuenta de que Konrad se iba poniendo pálido.

Pero se dijo que la siguiente estrofa, al ser especialmente divertida, le gustaría. Y cantó:

*El señor Paco venía  
volando sobre un barril  
y los franceses creían  
que aquello era un zepelín.  
Dispararon con trabajo  
sus pesados mosquetones  
de modo que al señor Paco  
le dieron en los calzones.*

Konrad había ido palideciendo y estaba ya blanco como una sábana. La señora Bartolotti se dio cuenta y, para animarle, cantó:

*¿Qué es aquello que reluce  
en lo alto del castillo?  
Es el culo de Mahoma  
que le están sacando brillo.*

En aquel momento, Konrad empezó a llorar.

—Konrad, ¿qué te pasa?

La señora Bartolotti se levantó en seguida, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y le secó las lágrimas. Konrad sollozó:

—Lloro porque no sé qué es lo que debo hacer. Los niños deben escuchar con atención cuando las madres hablan, o cuentan algo, o cantan. Pero deben dejar de escuchar cuando se dice, o se cuenta, o se canta algo indecoroso.

—¿Es que he cantado yo algo indecoroso?

Konrad asintió. La señora Bartolotti estaba sinceramente asustada y prometió solemnemente a Konrad no cantar o decir nunca más algo indecoroso. Konrad dejó de sollozar.

Viernes 15 de mayo

**Preguntas Konrad quinta parte**

- 1.- ¿Había oído hablar la señora Bartolotti del rincón de juegos?
- 2.- ¿Cuántos rincones tenía la casa de la señora Bartolotti?
- 3.- ¿Qué le dice La señora Bartolotti a Konrad?
- 4.- Konrad no quería
- 5.- ¿Dónde se puso a jugar?
- 6.- ¿Qué hizo con el juego de construcciones?
- 7.- Mientras Konrad jugaba ¿Qué hizo la señora Bartolotti?
- 8.- En el texto se dice: “La mayoría de las madres trabajan, hay niños que viven con la abuela, y niños que están en guarderías, y luego están los que llaman niños llave.”  
¿Qué significa para ti?

- 9.- ¿Por qué se pone a llorar Konrad? ¿Te parecen indecorosas las canciones?

- 10.- Lee el siguiente fragmento

*Konrad miró a la muñeca.*

*—¿Es eso para mí? —preguntó, y, cuando la señora Bartolotti contestó que sí, dijo—: ¡Pero yo soy un chico de siete años! [...]*

*Yo creo que es mejor y más razonable para un chico de siete años, jugar durante algún tiempo con una sola cosa, concentrándose por completo en ella. Si no, con tantas cosas, se puede uno poner muy nervioso.*

¿Qué opinas sobre juguetes de niños, de niñas y sobre tener muchos juguetes a la vez?